



nos de ese lugar, Dios solo los conoce; la duracion de esos tormentos, es de una sola hora que nunca se acaba. Pues bien: ese lugar maldito, con sus tormentos sin nombre, no alteró el semblante de Dios, porque él mismo le puso en donde está, con su mano omnipotente. Dios hizo el infierno para los réprobos, como la tierra para los hombres y el cielo para los ángeles y para los santos. El infierno denuncia su justicia, como la tierra su bondad y el cielo su misericordia. Las guerras, las inundaciones, las pestes, las conquistas, las hambres, el infierno mismo, son un bien; como quiera que todas estas cosas se ordenan convenientemente entre sí con relacion al fin último de la creacion, y que todas ellas sirven de provechosos instrumentos de la justicia divina.

Y porque todas son un bien, y porque han sido hechas por el autor de todo bien, ninguna de ellas puede alterar ni altera la inenarrable quietud y el inefable reposo del Hacedor de las cosas. Nada le pone horror sino lo que él no ha hecho; y como ha hecho todo lo que existe, nada le pone horror sino la negacion de lo que ha hecho; por eso le pone horror el desórden, que es la negacion del orden que él puso en las cosas; y la desobediencia, que es la negacion de la obediencia que se le debe. Esa desobediencia, ese desórden, son el supremo mal; como quiera que son la negacion del supremo bien, en lo cual consiste el mal supremo. Pero la desobediencia y el desórden no son otra cosa sino el pecado; de donde se sigue que el pecado, negacion absoluta por parte del hombre, de la afirmacion absoluta por parte de Dios, es el mal por excelencia, y el único que pone horror á Dios y á sus ángeles.

El pecado vistió al cielo de lutos, al infer-

no de llamas y á la tierra de abrojos. Él fué el que trajo la enfermedad y la peste, el hambre y la muerte sobre el mundo. Él el que cayó el sepulcro de las ciudades más inclitas y llenas de gente. Él presidió á los funerales de Babilonia, la de los ostentosos jardines, de Nínive la excelsa, de Persépolis la hija del sol, de Menfis la de los hondos misterios, de Sodoma la impúdica, de Atenas la cómica, de Jerusalem la ingrata, de Roma la grande; porque aunque Dios quiso todas estas cosas, no las quiso sino como castigo y remedio del pecado. El pecado saca todos los gemidos que salen de todos los pechos humanos, y todas las lágrimas que caen gota á gota de todos los ojos de los hombres; y lo que es más todavía, y lo que ningun entendimiento puede concebir ni ningun vocablo expresar, él ha sacado lágrimas de los sacratísimos ojos del Hijo de Dios, mansísimo cordero que subió á la cruz cargado con los pecados del mundo. Ni los cielos, ni la tierra, ni los hombres le vieron reír, y los hombres y la tierra y los cielos le vieron llorar, y lloraba porque tenia puestos sus ojos en el pecado. Lloró sobre el sepulcro de Lázaro, y en la muerte de su amigo nada lloró sino la muerte del alma pecadora. Lloró sobre Jerusalem, y la causa de su llanto era el pecado abominable del pueblo deicida. Sintió tristeza y turbacion al poner los piés en el Huerto, y el horror del pecado era el que ponía en él aquella turbacion insólita y aquel paño de tristeza. Su frente sudó sangre, y el espectro del pecado era el que hacia brotar en su frente aquellos extraños sudores. Fué enclavado en un madero, y el pecado le enclavó, el pecado le puso en agonía, y el pecado le dió muerte.

#### IV

##### De como Dios saca el bien de la prevaricacion angélica y de la humana

De todos los misterios, el más pavoroso es este de la libertad, que constituye al hombre señor de sí mismo, y le asocia á la divinidad en la gestion y en el gobierno de las cosas humanas.

Consistiendo la libertad imperfecta dada á la criatura en la facultad suprema de escoger entre la obediencia y la rebeldía hácia su Dios, otorgarle la libertad viene á ser lo mismo que conferirle el derecho de alterar la inmaculada belleza de sus creaciones; y como quiera que en esa belleza inmaculada consiste el orden y

la armonia del Universo, otorgarle la facultad de alterarla, viene á ser lo mismo que conferirle el derecho de sustituir el orden con el desórden, la armonia con la perturbacion, el bien con el mal.

Este derecho, aun encerrado en los límites que dijimos, es tan exorbitante, y esta facultad tan monstruosa, que el mismo Dios no hubiera podido otorgarla, si no hubiera estado cierto de convertirla en instrumento de sus fines, y de atajar sus estragos con su poder infinito.



La razon suprema de existir de la facultad concedida á la criatura de convertir el orden en desórden, la armonia en perturbacion, el bien en mal, está en la potestad que tiene Dios de convertir el desórden en orden, la perturbacion en armonia y el mal en bien. Suprimida esta altísima potestad en Dios, seria lógicamente necesario, ó suprimir aquella facultad en la criatura, ó negar á un mismo tiempo la divina inteligencia y la omnipotencia divina.

Si Dios permite el pecado, que es el mal y el desórden por excelencia, consiste esto en que el pecado, lejos de impedir su misericordia y su justicia, sirve de ocasion para nuevas manifestaciones de su justicia y de su misericordia. Suprimido el pecador rebelde, no por eso hubieran quedado suprimidas la divina misericordia y la justicia soberana; hubiera quedado empero suprimida una de sus manifestaciones especiales, aquella en virtud de la cual se aplican á los rebeldes pecadores.

Consistiendo el sumo bien de los séres inteligentes y libres en su union con Dios, Dios en su bondad infinita, y por un acto libre de su misericordia inefable, determinó unirlos así, no sólo con los vínculos de la naturaleza, sino tambien con vínculos sobrenaturales; y como quiera que, por una parte, esa voluntad podia dejar de ser cumplida por el desasimiento voluntario de séres inteligentes y libres, y por otra, la libertad de la criatura no podria concebirse sin la facultad de ese voluntario desasimiento, el gran problema consiste en conciliar estas cosas, hasta cierto punto contrarias, de tal manera que ni la libertad de la criatura dejara de existir, ni la voluntad de Dios dejara de realizarse. Siendo necesarias la posibilidad del apartamiento como testimonio de la libertad angélica y humana, y la union como testimonio de la voluntad divina, la cuestion consiste en averiguar de qué manera pueden conciliarse la voluntad de Dios y la libertad de la criatura, la union que el primero quiere y el apartamiento que la segunda escoge, para que ni la criatura deje de ser libre, ni Dios deje de ser soberano.

Para esto era menester que el apartamiento fuera bajo un punto de vista real, y bajo otro punto de vista aparente; es decir, que la criatura pudiera apartarse de Dios, pero de tal modo, que el apartarse de él fuera unirse con él de otra manera. Los séres inteligentes y libres nacieron unidos á Dios por un efecto de su gracia. Por el pecado se apartaron realmente de Dios, porque quebrantaron el vínculo de la gracia real y verdaderamente; con lo cual dieron testimonio de sí, en calidad de

criaturas inteligentes y libres. Empero ese apartamiento no fué, si bien se mira, sino una nueva manera de union; como quiera que al apartarse de él por la renuncia voluntaria de su gracia, se acercaron á él cayendo en las manos de su justicia, ó siendo asunto de su misericordia. De esta manera el apartamiento y la union, que á primera vista parecen cosas incompatibles, son en realidad cosas de todo punto conciliables; y de tal manera lo son, que todo apartamiento viene á resolverse en una especial manera de union, y toda union en una manera especial de apartamiento. La criatura no estuvo unida á Dios en cuanto es gracia, sino porque estuvo apartada de él en cuanto es misericordia y justicia. La criatura que cae en las manos de él en cuanto es justicia, no cae en ellas sino porque está apartada de él en cuanto es gracia y misericordia; así como la que es objeto de Dios en cuanto es misericordia, no lo es sino porque de tal manera se apartó de él en cuanto es gracia, que quedó tambien apartada de él en cuanto es justicia. La libertad de la criatura consiste, pues, en la facultad de designar el género de union que prefiere, por el apartamiento que escoge; así como la soberanía de Dios consiste en que, cualquiera que sea el género de apartamiento escogido por la criatura, vaya á parar á la union por todos los apartamientos y por todos los caminos. La creacion es á manera de un círculo. Dios es, bajo un punto de vista, su circunferencia; bajo otro punto de vista, su centro: como centro, la atrae; como circunferencia, la contiene. Nada está fuera de ese continente universal, todo obedece á esa atraccion irresistible. La libertad de los séres inteligentes y libres está en huir de la circunferencia, que es Dios, para ir á dar en Dios, que es el centro; y en huir del centro, que es Dios, para ir á dar en Dios, que es la circunferencia. Nadie empero es poderoso para dilatarse más que la circunferencia, ni para recogerse más que el centro. ¿Qué ángel hay tan potente, qué hombre tan osado, que se atreva á romper ese gran círculo que Dios trazó con su dedo? ¿Cuál criatura presumirá tanto de sí, que ose hacer contraste á esas leyes matemáticamente inflexibles que puso eternamente en las cosas el entendimiento divino? ¿Qué viene á ser el centro de ese círculo inexorable, sino las cosas infinitamente recogidas en Dios? ¿Qué viene á ser esa circunferencia circular, sino las mismas cosas dilatadas en Dios infinitamente? ¿Y qué dilatacion hay mayor que la dilatacion infinita? ¿Qué recogimiento mayor que el infinito recogimiento? Por esta razon, atónito y como pasmado y





fuera de sí, viendo á todas las cosas en Dios, y á Dios en todas las cosas, y al hombre queriendo huir sin saber cómo, ahora del centro que le atrae, ahora de la circunferencia que le envuelve, San Agustín, el más bello de los ingenios y el más grande de los doctores, hombre en quien tomó carne el Espíritu de la Iglesia, el santo perdido de amor é inundado de las ondas fortificantes de la gracia, arrancó del pecho, como un sollozo sublime, esta expresión: *Pobre mortal, ¿quieres huir de Dios? Arroja en sus brazos.* Jamás boca humana pronunció una expresión tan amorosamente sublime y tan sublimemente tierna. Dios es, pues, el que señala á todas las cosas su término; la criatura escoge la senda. Designando el término adonde van á parar todas las sendas, Dios es omnipotentemente soberano; así como escogiendo la senda por donde ha de ir al término que se le señala, la criatura es inteligentemente libre. Y no se diga que es escasa aquella libertad que consiste sólo en escoger una de las mil sendas que van á parar á un término necesario, á no ser que se considere como liviana aquella libertad que consiste en escoger entre ganarse ó perderse; como quiera que esas mil sendas que van á parar á Dios, término necesario de las cosas, se reducen todas á dos: el infierno y el paraíso. Si la criatura no tiene bastante libertad con la facultad que le ha sido otorgada de ir á Dios por el uno ó por el otro, ¿con cuál libertad convertirá en hartura el hambre por ser libre?

Fuera de esta explicación, no hay conciliación posible entre cosas que ni imaginarse pueden sino conciliadas de una manera absoluta. Por el contrario, una vez aceptada esta explicación, se nos descubren las causas secretas de los misterios más profundos y de los designios más altos. Con ella alcanzamos el por qué de la prevaricación angélica y de la humana, esos grandes testimonios de la libertad dejada al ángel y al hombre. Si Dios permitió la prevaricación del ángel, consistió esto en que Dios sabía la manera secretísima de conciliar con el orden divino el desorden angélico, así como el ángel supo sacar el desorden angélico del orden divino. El ángel convirtió el orden en desorden, trasformando lo que era unión en lo que fué apartamiento. Dios sacó el orden del desorden, trasformando el apartamiento momentáneo en unión indisoluble. El ángel no quiso estar unido á Dios por el galardón, y se vió unido á él eternamente por la pena. Cerró sus oídos al blando reclamo de su gracia, y sus oídos cerrados oyeron á su pesar el grande estruendo de su justicia. Queriendo huir absolu-

tamente de Dios, el ángel no consiguió otra cosa sino apartarse de él por un concepto, uniéndose á él de otra manera. Se apartó del Dios clemente, y se unió con el Dios justo. Se apartó de él en la gloria, y se unió con él en el infierno. El orden puesto en las cosas no consiste en que estén unidas á Dios de cierta manera, sino en que estén á Dios unidas; así como el verdadero desorden no consiste en apartarse de Dios por un lado para unirse á él por otro, sino en apartarse de Dios absolutamente. De donde se sigue que el verdadero orden no deja nunca de existir, y que el desorden verdadero no existe. El pecado es una negación tan radical, tan absoluta, que no sólo niega el orden, sino también el desorden; despues de haber negado todas las afirmaciones, niega sus propias negaciones, y hasta se niega á sí propio. El pecado es negación de negación, sombra de sombra, apariencia de apariencia.

Si Dios permitió la prevaricación del hombre, la cual, como antes dijimos, fué ménos radical y culpable que la prevaricación angélica, consistió esto en que Dios sabía de toda eternidad la manera altísima de conciliar con el orden divino el desorden humano; así como el hombre supo sacar el desorden humano del orden divino. El hombre convirtió el orden en desorden, apartando lo que juntó Dios con amorosa lazada. Dios sacó el orden del desorden, volviendo á juntar lo que separó el hombre con lazada más blanda y amorosa todavía. El hombre no quiso estar unido á Dios con el vínculo de la justicia original y de la gracia santificante, y se vió unido á él por el vínculo de su infinita misericordia. Si Dios permitió su prevaricación, consistió esto en que guardaba como en reserva al Salvador del mundo, el que había de venir en la plenitud de los tiempos; aquel supremo mal era necesario para el bien supremo, y para esta gran ventura era necesaria aquella gran catástrofe. El hombre pecó, porque Dios había determinado hacerse hombre (1), y hecho hombre sin dejar de ser Dios, tenía bastante sangre en sus venas y sobrada virtud en su sangre para lavar el pecado. Vaciló, porque Dios tenía fuerza para sostener al vacilante; cayó, porque Dios tenía fuerza para levantar al caído; lloró, porque el que tuvo poder para enjugar la tierra anegada con las aguas del diluvio, le tenía para enjugar el triste valle regado con nuestras lágrimas; sintió

(1) No vaya á deducirse de esta frase, que el señor Donoso hace á Dios autor del pecado de Adam, pues la simple lectura del capítulo basta para comprender que no ha incurrido en error tan grosero.



dolores en sus miembros, porque Dios podía quitarle sus dolores; padeció grandes infortunios, porque Dios le tenía guardadas mayores recompensas. Salió del Eden, se sujetó á la muerte y se reclinó en el sepulcro, porque Dios tenía fuerza para vencer á la muerte, para sacarle del sepulcro y para levantarlo hasta el cielo.

Así como la prevaricación angélica y la humana entran como elementos del orden universal, por efecto de una admirable operación divina, de la misma manera la libertad del ángel y la libertad del hombre, en que esas dos prevaricaciones tienen origen, entran como elementos necesarios de aquella ley suprema, universal, á la que están sujetas todas las cosas, todas las creaciones, todos los mundos, así el moral, como el material y divino. Segun esa ley, la unidad absoluta, en su fecundidad infinita, saca perpétuamente de su seno la diversidad, la cual torna perpétuamente al fecundísimo seno de donde salió: el seno de Dios, que es la unidad absoluta.

Considerado Dios como Padre, saca de sí eternamente al Hijo por vía de generación, al Espíritu-Santo por vía de procedencia, y constituyen de esta manera eternamente la diversidad divina (1). El Hijo y el Espíritu-Santo se identifican eternamente con el Padre y constituyen eternamente con él su unidad indestructible.

Considerado como Criador, sacó de la nada las cosas por un acto de su voluntad, y constituyó de esta manera la diversidad física; en seguida sujetó todas las cosas á ciertas leyes eternas y á un orden inmutable, y de esta manera la diversidad misma no fué otra cosa en el mundo físico, sino la manifestación exterior de su unidad absoluta.

Considerado como Señor y como legislador, puso en el ángel y en el hombre una libertad distinta de la suya propia, y constituyó de esta manera la diversidad en el mundo moral; en seguida impuso á esa libertad ciertas leyes inviolables y un término necesario, y la necesidad de ese término y la inviolabilidad de esas leyes hicieron entrar á la libertad humana y á la angélica en la ancha unidad de sus maravillosos designios.

La voluntad divina, que es la unidad absoluta, está en aquel precepto dado á Adam en el Paraíso, cuando le dijo Dios: *No comerás*; la libertad humana, con la imperfección que la es aneja de la facultad de escoger, que es la diversidad, está en la condición: *y si comieres*;

(1) Se entiende en las personas.

la diversidad vuelve á la unidad de donde procede, primero por amenaza cuando dijo Dios al hombre: *quedarás sujeto á la muerte*; y despues con la promesa, cuando prometió á la mujer que nacería de su seno el que había de pisar la cabeza de la serpiente; con cuya amenaza y con cuya promesa anunció Dios los dos caminos por donde la diversidad que sale de la unidad, vuelve á la unidad de donde sale: el de su justicia y el de su misericordia.

Suprimido el precepto, quedaria suprimida en su manifestación exterior la unidad absoluta.

Suprimida la condición, quedaria suprimida en su manifestación exterior la diversidad, que consiste en la libertad humana.

Suprimida por una parte la amenaza, y por otra la promesa, quedarían borrados los caminos por los cuales la diversidad, si no ha de ser subversiva, ha de volver á la unidad en donde tuvo su origen.

Así como entre la creación física y el Criador no hay unidad, sino porque la primera está sujeta eternamente á leyes físicas é inmutables, manifestación perpétua de la voluntad soberana, de la misma manera no hay unidad entre Dios y el hombre, sino porque el hombre, apartado de Dios por su delito, vuelve al Dios justiciero como impenitente, ó como purgado al Dios misericordioso.

Si despues de haber considerado la prevaricación angélica y la humana separadamente, para venir á parar en que cada una de ellas, si bien es una perturbación por accidente, es una armonía por su esencia, ponemos la consideración al mismo tiempo en ambas prevaricaciones, quedaremos como pasmados y absortos al contemplar de qué manera se convierten en cadencias maravillosas sus ásperas disonancias, por la irresistible virtud del divino Taumaturgo.

Al llegar aquí, y antes de pasar adelante, conviene observar que toda la belleza de la creación consiste en que cada cosa es en sí como un reflejo de alguna de las perfecciones divinas; de tal manera, que todas juntas son un fiel traslado de su belleza soberana. Por esta razón, desde el globo encendido que ilumina los espacios, hasta el humilde lirio que está como olvidado en el valle, y desde mucho más abajo de los valles que se coronan de lirios, hasta muy por encima de los cielos en donde resplandecen los globos, todas las criaturas, cada cual á su manera, se cuentan unas á otras las grandes maravillas del Señor, atestiguan consigo mismas sus inefables perfecciones, y cantan en cántico sin fin, sus excelencias y sus glorias. Los cielos cantan su omnipotencia, sus grandezas los mares, la tierra su fecundi-





dad, las nubes con sus altísimos promontorios figuran la peana en que descansa su pié. El relámpago es su voluntad, el trueno su voz, el rayo su palabra. El está en los abismos con su sublime silencio, y con su ira sublime en los huracanes bramadores y en los torbellinos tempestuosos. *Él nos pintó*, dicen las flores de los campos. *Él me dió*, dicen los cielos, *mis bóvedas espléndidas*. Y las estrellas: *Nosotras somos centellas caídas de su resplandeciente vestidura*. Y el ángel y el hombre: *Al pasar por delante de nosotros, su hermosísima y gloriosísima y perfectísima figura quedó en nosotros estampada*.

De esta manera, unas cosas representaron su grandeza, otras su majestad, otras su omnipotencia; y el ángel y el hombre, especialmente, los tesoros de su bondad, las maravillas de su gracia y el resplandor de su hermosura. Dios, empero, no es solamente maravilloso y perfecto por su hermosura, y por su gracia, y por su bondad, y por su omnipotencia; es además de estas cosas, y sobre todas estas, si en sus perfecciones hubiera medida, infinitamente justo é infinitamente misericordioso. Siguese de aquí, que el acto supremo de la creación no podía considerarse como consumado y perfecto, sino después de haberse realizado en todas sus manifestaciones su infinita justicia y su infinita misericordia. Y como quiera que sin la prevaricación de los séres inteligentes y libres

no podía Dios ejercer ni la justicia ni la misericordia especial que se aplican á los prevaricadores, de aquí se deduce que la prevaricación misma fué ocasion de la más grande de todas las armonías y de la más bella de todas las consonancias.

Cuando todos los séres inteligentes y libres prevaricaron, Dios resplandeció en medio de la creación con nuevos y más grandes resplandores. El Universo en general fué el reflejo perfectísimo de su omnipotencia; el paraíso terrenal fué especialmente el reflejo de su gracia; el cielo fué especialmente el reflejo de su misericordia; el infierno únicamente el reflejo de su justicia, y la tierra, puesta entre estos dos polos de la creación, fué un tiempo mismo el reflejo de su justicia y el de su misericordia. Cuando con la prevaricación angélica y con la humana no hubo en Dios perfección que no estuviera manifestada exteriormente por alguna cosa, fuera de aquella que había de ponerse de manifiesto más adelante en el Calvario, las cosas estuvieron en orden.

Cuanto más se ahonda en estos dogmas pavorosos, tanto más resplandece la soberana conveniencia, y la perfectísima conexión y la maravillosa concordancia de los misterios cristianos. La ciencia de los misterios, si bien se mira, no viene á ser otra cosa sino la ciencia de todas las soluciones.



# DISCURSO

SOBRE

## EL ESTUDIO COMPARATIVO DE LAS LENGUAS

POR

EL EMMO. CARDENAL NICOLÁS WISSEMAN

### I

Etnografía ó estudio comparativo de las lenguas.—Historia.—Primer periodo: Esfuerzos para hallar la lengua primitiva: falta en el objeto y en los métodos.—Segundo periodo: Coleccion de materiales, listas de palabras y series de oraciones dominicales.—Tercer periodo: Tentativas de coordinacion y clasificacion: Leibnitz, Hervás, Catalina II y Pallas, Adelung y Vater.—Aspecto peligroso del estudio en este periodo por la multiplicacion aparente de lenguas independientes.—Resultados.—Primer: formacion de familias ó grupos extensos de idiomas en íntima afinidad por las palabras y formas gramaticales.—Ejemplos sacados de las familias indo-europea, semítica y malaya.—Segundo: Reduccion progresiva de las lenguas que se suponian independientes por su conexión con las grandes familias: ossete, armenio y céltico.—Revista del sistema de Sir W. Betham, doctor Prichard.—Recapitulacion.—Observaciones finales

Si nos fuera dado contemplar las obras de Dios en el mundo visible y en el moral, no como las vemos ahora, por retazos y fragmentos, sino combinadas y en conjunto en el gran plan de la armonía universal; si nuestro entendimiento pudiera penetrar en cada parte, ver sus proporciones generales, sus relaciones particulares y aplicación, no hay duda que la religión, como fué establecida por el Criador, entraria como complemento necesario en el plan general, y se acomodaria á él de tal modo, que todo quedaria desorganizado y destruido, si por cualquiera medio se la pudiera sacar de allí. Demostrar así la acción religiosa penetrando en las partes más íntimas de la economía de la naturaleza, seria sin duda ninguna el testimonio de orden más elevado que podria darse de la verdad de esta misma religión. Pero véase la gran diferencia que hay entre la operación de la naturaleza y la del hombre: la naturaleza labra y modela todas las partes de su obra á un mismo tiempo, al paso que el hombre no puede aplicarse más que á la elaboración de una

sola parte (1); de ahí proviene que la atención parcial que por necesidad tenemos que prestar á cada prueba y á cada testimonio de por sí, debilita considerablemente el efecto de su fuerza colectiva: «porque, segun lo observó juiciosamente el ilustre Bacon, la armonía de la ciencia, que existe cuando cada parte sostiene á la otra, es y debe ser el modo breve y corto de refutar y suprimir todas las objeciones de poco valor; pero por otro lado, si desprendéis cada axioma uno á uno como los paños de un haz, fácilmente podeis doblarlos ó romperlos, segun os acomode.»

Ciertas preocupaciones que han adquirido veneracion con el tiempo, han aumentado mucho las dificultades que presentaban ya á nues-

(1) Cuando un escultor talla y labra una figura, da una forma solamente á la parte que trabaja y no toca á lo demás; pero la naturaleza, al contrario, cuando hace una flor ó una criatura viviente, engendra y produce todos los rudimentos de todas las partes en un solo y mismo tiempo. (Bacon, *De Augm. Scient.*, lib. VII.)